

«Cosas de España»: Frederick Hardman y la Revolución de 1854

Salvador GARCÍA CASTAÑEDA
The Ohio State University

Frederick Hardman (1814-1874), desconocido hoy entre nosotros, residió en España en repetidas ocasiones a lo largo de casi medio siglo. Durante la primera guerra carlista sirvió en la Legión Británica como teniente de lanceros, fue herido y tras su regreso a Inglaterra comenzó a colaborar en *Blackwood's Magazine*. Fue corresponsal en la guerra de Crimea, estuvo en Madrid enviado por el *Times* donde cubrió la revolución de julio, envió crónicas sobre la segunda guerra de la independencia italiana, la nuestra de Marruecos de 1859-1860, la Franco-Prusiana de 1870-1871, y la entrada de las tropas de Víctor Manuel en Roma. Murió en París donde era corresponsal en jefe del *Times*, el 6 de noviembre de 1874 (*Dictionary of National Biography*).

Además del periodismo Hardman cultivó otros géneros literarios y, entre sus obras, destaco las dedicadas a España: varios relatos sobre la Guerra de la Independencia recogidos en *Peninsular Scenes and Sketches*, que tradujo Gregorio Marañón bajo el título *El Empeinado visto por un inglés* (1926), y otros en traducción de Jesús Pardo (*La guerra carlista vista por un inglés*, 1967); *The Student of Salamanca* (1847), una novela cuya acción tiene lugar durante la primera guerra carlista, y sus crónicas de la campaña de África, recogidas en el volumen *The Spanish Campaign in Morocco*, que publicó Blackwood en 1860.

No me detendré en las circunstancias históricas de la revolución de julio que trajo al poder a Espartero y a O'Donnell por ser de sobra conocidas. Me interesa destacar aquí las observaciones de Hardman como testigo de la revolución pues estaba bien informado, tenía buenos amigos en España y era un agudo observador; quienes estudian la historia militar y política del siglo XIX suelen citarle como fuente de información fidedigna.

Los moderados en la oposición, los progresistas y los demócratas detestaban a la Reina madre, una intrigante astuta que amasó una enorme fortuna personal a costa de la nación, al nuevo gobierno (septiembre de 1853) presidido por Luis José Sartorius, conde de San Luis, que representaba tan solo los intereses de la Corona y, cada vez más, a Isabel II tanto por su escandalosa vida privada como por obstinarse en sostener aquel ministerio contra el que surgió una decidida oposición.

El gobierno inglés favorecía a los liberales y la vuelta de Espartero, al igual que Hardman, quien había dedicado sus *Peninsular Scenes and Sketches* (1846) «Al ilustre exilado Don Baldomero Espartero, Duque de la Victoria y de Morella». También la prensa extranjera era en su mayoría hostil a la monarquía y a los moderados, y Hardman seguía publicando en *Blackwood's Magazine* y en el *Times* crónicas atacando al régimen, el cual acabó por prohibir la entrada del periódico en España. Aunque Frances Calderón de la Barca afirmaba en *The Attaché in Spain*, su libro en defensa de los Borbones, que «todo lo que cuenta tan solo es producto de su corrompida imaginación» (1856: 31) la realidad de los hechos confirmó los informes de Hardman.

Cuando este llegó a principios de 1854 Madrid estaba en obras pues Sartorius, («quien hasta hace poco era un donnadie en un periódico de provincias», Hardman, 1854a: 672) deseoso de imitar las grandes reformas urbanas del París del Segundo Imperio había derribado la iglesia del Buen Suceso, tan pobretona, para ampliar la Puerta del Sol, y acometido otras obras que no beneficiaban a nadie. En contraste con las exageradas alabanzas de sus habitantes —«De Madrid al cielo»— y de otros viajeros, Madrid seguía pareciéndole una pequeña capital destartada, el Prado era «un paseo polvoriento y sin hierba» y describía de manera colorista e irónica la Puerta del Sol, que no había perdido el animado ambiente de siempre, con sus tiendas de todo tipo, su público de ociosos, y los ciegos que pregonaban noticiosas hojas volanderas.

En ningún período desde la guerra civil había existido en España mayor penuria, miseria y descontento. El país estaba cercano a la bancarrota, Galicia padecía un hambre terrible y en otras partes había pueblos totalmente arruinados según informaban el embajador inglés lord Howden y el francés marqués de Turgot; la agitación en Cataluña iba en aumento por el coste de vida y el desempleo producido por las nuevas máquinas textiles, y en las provincias vascongadas se agitaban los carlistas (Kiernan, 1970: 41-50). Pero la brillante vida social madrileña seguía su ritmo con las temporadas de ópera y de teatro y las fastuosas fiestas palatinas en las que las damas ostentaban sus joyas y sus costosos vestidos.

Entre tanto, el nuevo presidente norteamericano Franklin Pierce, que hacía una agresiva política imperialista, dejó bien claro al ministerio Sartorius a través de su embajador en España, el exaltado Pierre Soulé, su intención de anexionar Cuba a los Estados Unidos por compra o por la fuerza. Algunos españoles favorecían la venta pero la mayoría estaba por luchar hasta el fin pues por ignorancia o por orgullo patriótico pensaban que el valor de las tropas españolas bastaría para defender Cuba (Hardman, 1854c: 480). En su atinada y realista evaluación del asunto, Hardman aconsejaba la venta pues «El paso de la isla de las débiles manos de la España arruinada y decrépita a las fuertes de la Unión,

joven y vigorosa, era tan solo una cuestión de tiempo» (1854c: 488).¹ De este modo podrían reducirse los gastos militares, pagar el débito nacional y todavía quedaría una buena cantidad para la construcción de carreteras y ferrocarriles.

En Madrid se respiraba un ambiente de expectación y descontento y circulaban rumores de posibles movimientos revolucionarios. La situación económica era angustiosa debida principalmente a la escandalosa malversación de fondos, los gastos sin justificar y el uso personal de los bienes del Estado por los gobernantes. «Si consideramos el degradado estado del país», escribía Hardman, «la corrupción de la corte y de los hombres públicos, la falta de energía y la escasa educación de las clases altas, la miseria de las bajas, el estado de las finanzas del país, y la tiranía que le oprime es imposible negar que España es lo que los americanos llaman una advertencia [«a caution»] para Europa» (1854a: 684).² Y añadía humorísticamente que podría ofrecer a sus lectores extranjeros el consabido cuadro de un robo en Sierra Morena con pintorescos foragidos, diligencias volcadas, desmayadas señoritas y heroicos salvadores, algo casi desconocido ya en España pues ahora había otros ladrones mucho más peligrosos: los funcionarios, que vivían de la corrupción descarada y del soborno.

Conocidos son los antecedentes inmediatos de la revolución entre los que destacan la derrota en el Congreso de la ley de ferrocarriles propuesta por el gobierno y la consiguiente suspensión de las Cortes; el adelanto en seis meses por decreto del pago de la contribución territorial y de la industrial y el destierro de varios generales sospechosos como O'Donnell y los hermanos Concha. Todo el mundo estaba al tanto de posibles conspiraciones, corrían bulos y rumores y la verdad tenía las apariencias de la mentira. La mañana del 28 de junio se pronunció en Madrid Dulce con la caballería, se dio la indecisa batalla de Vicálvaro entre fuerzas del gobierno y los rebeldes mandados por O'Donnell, y tras diversos y sucesivos levantamientos en las provincias estalló la revolución en Madrid. Como afirmaba repetidamente en sus crónicas, Hardman presencié las incidencias de aquella revolución que fue acogida en Madrid con entusiasmo, y destacaba que no fue tan solo el populacho el que ocupaba las calles sino «muchas personas de las mejores clases que promovían activamente el tumulto y se podía oír a los dirigentes planear sus acciones» (1854c: 359).³

Las casas de los ministros, del marqués de Salamanca y el palacio de la Reina madre fueron saqueados y ardieron, el tiroteo era intenso y desde las azoteas y pisos altos las mujeres y los niños arrojaban adoquines a los soldados sin te-

1. Las traducciones son mías. «The passage of the island from the feeble hand of bankrupt decrepit Spain into the strong ones of the young and vigorous Union is a mere question of time» (1854c: 488).

2. «When we consider their degraded state, the corruption of their court and public men, the venality, want of energy, and deficient education of the better classes, the misery and penury of the lower orders, the state of the country's finances, and the tyranny under which it groans, it is impossible to deny that Spain is what the Yankees call "a caution" to Europe» (1854: 684).

3. «[...] many persons of the better classes were active in promoting the tumult. In the streets the leaders could be heard consulting together, and planning wither they should proceed» (1854c: 359).

mor a las balas mientras que los hombres, la mayoría de las clases bajas, disparaban desde las barricadas y los tejados. El comisario de policía Francisco Chico, famoso por su crueldad y sus abusos, fue fusilado por los revolucionarios en la plaza de la Cebada, un fin, según Hardman, muy merecido» (1854c: 363);⁴ y advertía que «el populacho revolucionario de Madrid es peligroso, vengativo y sanguinario»⁵ y es muy posible que hubiera hecho lo mismo con alguno de los ministros de haberlos hallado.

La ciudad estaba llena de polvo por la construcción de las barricadas que obstruían el paso; para el 25 de julio eran ya más de doscientas ochenta levantadas con adoquines y muebles, colchones y otros materiales, adornadas con banderas y retratos de Espartero, de O'Donnell, de Dulce y, en alguna ocasión, de la Reina. Madrid rebosaba de mendigos, de ciegos que vendían papeles y periódicos a dos cuartos como *El Esparterista*, *La Independencia* y *El Centinela del Pueblo*, con noticias acerca de «el ladrón Sartorius» o «la tía Cristina», y sonaba música de todo tipo, desde las bandas a organillos y guitarras.

Pero las nuevas autoridades temieron verse desbordadas por los turbulentos habitantes de los barrios del sur y para mantenerlos ocupados les animaron a consolidar y a ampliar las barricadas. Nadie había vuelto al trabajo y las calles estaban llenas de gente armada y ociosa pero sobria. «La revolución, tan seria al principio, se había convertido en una especie de fiesta» (1854c: 364)⁶; Hardman, en una de sus visitas a las barricadas, vio a unos revolucionarios desayunando pan y chorizo encima de una guitarra (1854c: 362), por lo que las clases acomodadas ansiaban la llegada de Espartero para que Madrid volviera a su propio estado y diera fin a aquella revuelta que amenazaba con desestabilizar el país.

El recibimiento fue apoteósico, el ayuntamiento y la Junta salieron a buscarle a media legua de Madrid, hubo discursos y *vivas*, y el duque de la Victoria entró en un espléndido coche descubierto por la puerta de Alcalá, con despliegue de tropas y de Milicia Nacional, y repique de campanas. Los balcones y ventanas estaban engalanados con colgaduras, y las calles abarrotadas de gente; en la Puerta del Sol soltaron palomas con lazos verdes y llovían las flores por la Calle Mayor. Y Espartero, de pie, agitaba un pañuelo con el que se enjugaba las lágrimas de vez en cuando (*The Times*, 5 de agosto de 1854). O'Donnell llegó a media tarde por tren a Atocha, donde le recibieron el general San Miguel y todos los dignatarios. Después tuvo lugar el abrazo en el balcón de ambos caudillos ante una muchedumbre delirante (Kiernan, 1970: 91-92).

Espartero y O'Donnell hallaron un déficit de siete millones de libras esterlinas en el erario, y que la revolución había resultado muy costosa por la pérdida de horas de trabajo, los destrozos materiales y los desatinos económicos de las Juntas. Era difícil reducir gastos pues los ministros y los exministros recibían

4. «[...] who certainly deserved the fate he met, for he had committed many and heinous crimes (1854c: 363).

5. «A Madrid revolutionary mob is dangerous, vindictive, and bloody minded» (1854c: 359).

6. «The revolution, serious enough at first, had now become a sort of festival» (1854c: 364).

grandes sueldos, el ejército tenía doble cantidad de oficiales de los necesarios y casi doscientos cincuenta generales tan solo en Madrid. Además había enorme cantidad de empleados y de pretendientes ansiosos de vivir del presupuesto. La empleomanía es «la gran maldición de España» y «El patriotismo aquí parece consistir en echar a un partido para que el opuesto goce de las prebendas de las que gozaba el otro». ⁷ Convendría modificar las tarifas aduaneras para acabar con el descarado contrabando, permitir el libre comercio de géneros textiles en lugar del proteccionismo de los de Cataluña, y reducir el personal administrativo, el del ejército y el de la armada (Hardman, 1854c: 490-491).

Frederick Hardman consideraba a Isabel II como una pobre mujer desvalida y débil que no carecía de buenas cualidades pero que estaba mal aconsejada, tenía escasa educación, detestaba los asuntos de estado y pasaba la vida hundida en la sensualidad y en la pereza (1854b: 153). Como es sabido, aquella revolución puso en peligro su permanencia en el trono; con excepción de los republicanos, el país era partidario de una monarquía sin Borbones y se llegaron a sugerir nombres como el del duque de Montpensier o el rey de Portugal, que volverían a mencionarse cuando «la Gloriosa» acabó con el reinado de Doña Isabel. Pero el nuevo gobierno, en el que se cifraban tantas esperanzas se vio pronto atacado tanto por los moderados vencidos como por los ultra-liberales y los republicanos para quienes la revolución no había ido suficientemente lejos. España, concluía Hardman, «es un país agobiado por la maldición del desgobierno» ⁸ (1854c: 452).

Según este, los españoles respondían a las preguntas de los extranjeros con la expresión «cosas de España», que justificaba su modo de ser y sus costumbres, pues creían que tan solo ellos podían entender y juzgar aquellas «cosas», inaccesibles a los foráneos. Pienso que el corresponsal del *Times* fue uno de los pocos que las entendieron y el corpus de su obra revela a un observador perceptivo y agudo, y a un crítico humorista e irónico. Sin encubrir sus simpatías liberales su información es fidedigna y de primera mano e insiste siempre en haber presenciado lo que cuenta. Su relación con España duró más de veinte años en los que mostró su interés y su afecto tanto de palabra como de obra cuando en su juventud tomó las armas para defender el trono de «la inocente Isabel».

Bibliografía

BAHAMONDE, Angel y Jesús A. MARTÍNEZ (1994), «Las tres revoluciones. De Vicálvaro a las barricadas. El pueblo demócrata», en *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, Cátedra.

7. «Patriotism here appears to consist in turning out a party in order that another may step into the enjoyment of the good things it possessed» (1854c: 491).

8. España, «a country upon which the course of misgovernment seems to rest» (1854c: 492).

- BURDIEL, Isabel (2004), *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*, Madrid, Espasa Calpe.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Frances (1856), *The Attaché in Madrid; or, Sketches of the Court of Isabella II* (Translated from the German), Nueva York, D. Appleton and Company, 346 & 348 Broadway.
- (1904), *Madrid hace cincuenta años a los ojos de un diplomático extranjero*, Madrid, Bailly-Bailliere e Hijos.
- CARR, Raymond (1982), *Spain 1808-1975*, Oxford, Clarendon Press.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Angel (1879-1889), *Estudio histórico de las luchas políticas en la España del siglo XIX*, Madrid, English y Gras editors.
- FONTANA, Josep (2007), *La época del liberalismo*, vol. 6, en *Historia de España*, dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, Barcelona, Crítica / Marcial Pons.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (2012), «La Historia de España en aleluyas: los tiempos de Isabel II (1833-1868)», *ICEL 19, Frutos de tu siembra: Silva de varias lecciones*, Santander, octubre.
- (e.p.), «Frances Calderón de la Barca y la Revolución de 1854», *Salina*.
- HARDMAN, Frederick (1854a), «A letter from Madrid», *Blackwood's Magazine*, LXXV (junio), pp. 671-686.
- (1854b), «The Insurrection in Spain», *Blackwood's Magazine*, LXXVI (agosto), pp. 151-165.
- (1854c), «Spanish Politics and Cuban Perils», *Blackwood's Magazine*, LXXVI (octubre), pp. 356-370.
- (1855a), «Spanish Intolerance and Insolvency», *Blackwood's Magazine*, XLI (junio), pp. 714-724.
- (1855b), «From Madrid to Balaklava», *Blackwood's Magazine*, XLI (octubre), pp. 452-458.
- KIERNAN, Víctor G. (1970), *La revolución de 1854 en España*, Madrid, Aguilar.
- LECUYER, Marie C. (1982), «Los pronunciamientos de 1854», *Estudios de Historia Social*, n.º 18-19, pp. 53-67.
- LLORCA, Carmen (1956), *Isabel II y su tiempo*, Madrid, Istmo.
- MIRAFLORES, Marqués de (1964), *Memorias del reinado de Isabel II*, Madrid, Atlas.
- URQUIJO, José Ramón (1984), *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, CSIC.